



LAS NUEVAS X

Berta Bas



Primera edición: febrero 2024

© de la obra: Berta Bas

© de la corrección: Aitor Aráez Pérez

© del diseño de la portada: Raquel Jordana Vicente (@rjv_ilustracion)

© de la maquetación e ilustraciones interiores: Jennsy Soriano Tejada

© de las ilustraciones de inicio de capítulo: Gema García Benayas

© 2024, Ediciones Raven S.P.J.

www.edicionesraven.com

ISBN: 978-84-127629-4-5

Depósito Legal: S-56-2024

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización expresa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Para todas las sáficas,
siempre sedientas de historias
distintas.*

Capítulo 1

Varen



La rabia que la invadía hacía que apretara el puño y que sus muelas no cesaran de chocar entre ellas.

Estaba sentada. Bien sentada en su opinión, mal sentada según los prejuicios de las chicas que la miraban. Fingía que no se daba cuenta, pero en realidad las ignoraba a conciencia, porque ponerse a discutir sería una pérdida de tiempo y pelear le supondría un gasto innecesario de fuerzas.

Lo que no estaba era quieta. Sus piernas se movían incansablemente, repicando a un ritmo frenético al son del cual sus pies parecían bailar. Las mantenía todo lo alzadas que podían estar en esa nave tan estrecha, con las rodillas dobladas y las suelas de sus botas, desgastadas y roñosas, clavadas en la parte trasera del asiento de delante, que a estas alturas del viaje ya habían empapado de fango y arena. Sus extremidades querían huir, escapar de allí igual que su pensamiento. Igual que cada uno de los átomos que formaban su cuerpo.

Varen miró a través de la ventana, buscando una escapatoria invisible en el exterior. Tenía medio rostro escondido bajo la camisa, de una tela oscurecida por el polvo y el carbón

de la zona de la que procedía. El olor artificial de la nave, a producto químico, metal recién pulido y algo demasiado limpio, mezclado con los variados perfumes del resto de sus tripulantes, hacía horas que la asfixiaba. Prefería taparse la nariz y la boca con el tejido de su ropa. Aunque esta oliera a sudor, su propio aroma era lo único que le recordaba a casa mientras su cuerpo se alejaba irremediabilmente de ella, de su tierra. Ese olor, de alguna manera, le permitía seguir respirando el aire que durante toda su vida le había llenado el pecho.

Se sentía enclaustrada dentro de esa nave que la llevaba a lo que le habían dicho que tenía que ser su destino. No le habían preguntado antes ni le habían dado permiso para cuestionarlo, pero no lo necesitaba. Estaba segura de que ese no era su camino, porque no era el que ella había elegido. De la misma manera que sabía que su opinión, su deseo, lo que quería hacer o no con su vida no le importaba a nadie más que a ella. Y ese conocimiento era suficiente para que las brasas que hacían arder sus ganas de desafiar a todo el resto siguieran prendiendo, muy adentro, mientras el frío del vehículo la envolvía hacia un objetivo inevitable. Por el momento, hasta que llegara el suyo.

Varen se quitó las perlas auditivas de las orejas y la música dejó de sonar en el interior de su cabeza. Había vuelto a oír esa voz en el exterior, esa vocecita asquerosa y robótica que ponía los pelos de sus brazos tan tersos como los pinchos de los cactus del Desierto de Ax.

Se trataba de un nuevo mensaje, uno de los muchos que la habían molestado durante todo el viaje, interfiriendo en los planes que iba trazando con el pensamiento. La mayoría de las demás pasajeras se paraban a escuchar la voz, muy atentas, cada vez que esta iniciaba el discurso de turno. Se suponía que eran las futuras estudiantes, aprendices, o como mierdas las quisieran llamar. Eso en lo que Varen también estaba a punto de convertirse, desgraciadamente para ella y para sus muelas. Ahora las apretaba con más fuerza aún, por la rabia que le producía que las otras tripulantes estuvieran tan predispuestas a que las Z tomaran el control de sus vidas. No podía creer que todas sonrieran mientras las llevaban a esa cueva en la que, una vez metidas, les sería prácticamente imposible encontrar una salida.

Mientras la voz de robot hablaba, la nave empezó a disminuir su velocidad.

«—Estamos llegando a nuestro destino final. Pedimos a todas las jóvenes invitadas a la formación de las X...».

Varen maldijo en silencio. La palabra «invitadas» estaba cargada de tanta hipocresía que la reventaba por dentro.

—Siempre igual —dijo otra voz, esta vez humana, procedente del asiento de atrás.

Era grave y estaba tan llena de asco como en esos momentos habría sonado la suya. Varen agradeció que, por lo menos, alguien más en esa nave sintiera un poco del mismo

desprecio que sentía ella. Volvió a centrar su oído en las mal-ditas instrucciones.

«—En cuanto se ilumine la señal amarilla situada en la parte superior de las ventanas, les rogamos que se dirijan inmediatamente hacia las puertas de salida, en la parte trase-
ra de la nave. No olviden recoger todas sus pertenencias del compartimento de carga. Esperamos que hayan disfrutado del trayecto y, por supuesto, les deseamos el mejor de los futuros en el servicio por y para todas las habitantes de La Central».

—Y dale con el todas...

La misma voz ronca que había renegado antes, en el mismo tono. Después de decir eso, Varen oyó que daba unas gracias sarcásticas al aire.

Se dio la vuelta en el asiento, ahora más intrigada, para tratar de poner la forma de una cara alrededor de esas que-
jas ante los mensajes oficiales. Era una actitud que no solía encontrar, y menos en una nave que en teoría transportaba a las «elegidas», que en su gran mayoría provenían de los barrios altos de La Central.

Cuando entrevió su cabeza, lo primero que le llamó la atención fue una brizna puntiaguda de pelo rojo, eléctrico, que apuntaba hacia arriba junto a muchas otras, también alzadas en una especie de mezcla entre flequillo y cresta. Estas se erigían en el centro de una zona de pelo mucho más corto,

rasurado de manera irregular por los lados y por la parte de abajo, donde el rojo era cada vez más oscuro.

De su rostro, Varen solo alcanzaba a ver su ojo derecho, el más próximo a la línea de separación entre los asientos, desde donde espiaba sus gestos. Tenía un iris de un azul tan oscuro como el del Mar Antiguo, que había visto pintado en las páginas de su último libro robado en la parte alta de La Central. Su mirada poseía una de esas calmas producidas por la seguridad de quien se permite no hacerlo bien y que, a su vez, es consciente de que no le debe rendir cuentas a nadie. Estaba llena de una firmeza que, de pronto, chocó con Varen. Sus nervios se activaron en cuanto todo el azul de ese ojo se fijó en el suyo, como una ola metiéndose en un círculo de tierra.

Varen apartó el rostro de la mirilla improvisada y se giró hasta volver a tocar el respaldo del asiento con la espalda. No lo hizo porque se hubiera sentido intimidada. A pesar de las profundas capas de su color, en esa mirada veía más claridad que pozos oscuros. Si se dio la vuelta fue para mirar de frente a su destino impuesto. La nave había dado un vuelco y ahora avanzaba a una velocidad mucho menor. Eso solo podía significar una cosa: habían llegado.

Ni siquiera esa palabra era la adecuada. A la Edukan de La Central no se llegaba. Ni te invitaban. Te arrastraban.

Capítulo 2

Sil



La ilusión hacía que en sus mejillas se fuera instalando una llama, una gota de fuego que calentaba y encendía todo su rostro blanquecino a medida que se iba acercando a su objetivo.

Sil vio cómo su reflejo, sentado con la espalda recta, en la posición más adecuada para la ocasión que estaba viviendo, le sonreía desde la zona de la ventana que había quedado oscurecida. La nave se había adentrado en un túnel larguísimo que partía la montaña, y sobre el cristal se había creado un efecto de espejo. Empezó a reír en cuanto su rostro, que se dibujaba cada vez más nítido en la superficie azulada, le devolvió, no solo su sonrisa, sino también el guiño de uno de sus ojos. Esos ojos que ahora refulgían con toda la alegría que, durante el trayecto, había mantenido callada y anudada bien adentro, ondeando como un remolino en el centro de su pecho.

Hacía veinte días que Sil tenía veinte años. Y ese era el Día Nuevo, el día en el que pisaría, por fin, la Edukan de La Central. Las casualidades como esa, la unión de dos mismos números anclados a conceptos diversos, siempre le hacían gracia. De alguna manera, le permitían pensar que tenía más posibilidades, creer

que era probable que existiera el destino y confirmar que el suyo era ese, que se trataba de una pista que la empezaba a guiar hacia su mayor meta. Quería creer que llegaría a ser una X digna, que lograría prestar el mejor servicio posible a La Central, a la gente de su ciudad. Que esta, gracias a ella y a sus compañeras, se volvería a llenar de todos los recursos que sus habitantes necesitaban.

Apartó la mirada del cristal. Habían salido del túnel y los rayos del Sol Mayor, cada día más asfixiantes, sobre todo durante aquel verano interminable, volvían a atravesar la ventana. A ella, aquellos meses, le habían parecido aún más largos. Llevaba toda su vida, desde que tenía suficiente capacidad de decisión y conciencia, esperando que llegara el momento de entrar en la Edukan. Pero esas últimas semanas y, especialmente, días antes de subir a la nave se le habían hecho mucho más tediosos que todo el resto.

Acarició las paredes de metal blanco que había debajo y alrededor de la ventana. La suavidad de esas placas lisas le transmitió una corriente ligera de placer a través de las yemas de los dedos. Era el último modelo de las naves extrapolitanas, que habían sido perfectamente pulidas tanto por dentro como por su reverso negro, el color que cubría su coraza exterior.

Antes de subir, hacía unas horas, Sil había quedado impresionada por el diseño de ese gran diamante oscuro, con pequeñas alas en cada una de sus caras, implantadas en los laterales para hacer que se internara perfectamente en las vías de aire que iban

de la ciudad hacia las afueras. La nave perfecta para el trayecto perfecto, transportándolas hacia La Edukan a una velocidad extrema.

Se llevó los dedos con los que acababa de acariciar las placas a la nariz. Cerró los ojos y aspiró esa fragancia, también perfecta. Era el aroma del estreno, de la pulcritud, de lo correcto y de la aventura que le esperaba en cuanto se abrieran las compuertas. Según sus cálculos, y recordando lo que le habían enseñado en el Centro de Preparación, ya no les debía de quedar más de dos minutos para llegar.

Fueron los dos minutos más largos de toda su vida. Mucho más que ese verano, que el último mes, que esa misma semana y que todas las noches que había pasado en vela.

Antes de que la nave se hubiera detenido por completo, y como única concesión a su incumplimiento de las reglas, ignoró la normativa de abordaje y se puso de pie de un salto. Aun así, no consiguió ser la primera de la fila. Cuando se hubo levantado, muchas de las que iban a ser sus compañeras ya estaban desfilando por el pasillo. La mayoría iban comentando lo emocionadas que estaban por ver la Edukan. Una de ellas, sin embargo, mucho menos entusiasmada, estaba aporreando la cubierta plateada de una de las consignas de equipaje. En concreto, de la consigna en la que ella había dejado su maleta.

—¡Eh! ¡Para! —Sil se acercó corriendo hacia la chica, esquivando a las pasajeras que tenía delante—. ¿Qué haces?

—No se abre —replicó ella, mirándola con la mueca de haber comido una fruta agria.

—¿Y te parece que así se va a abrir, bestia?

Los ojos de la chica, del color de la tierra humedecida, la recorrieron de arriba abajo. La visión de su cuerpo no hizo que modificara su gesto. Volvió la cabeza otra vez hacia la consigna y le dio otro golpe, esta vez con el codo.

—¡Oye! ¿Puedes parar de darle golpes? —Sil se dio cuenta de que estaba alzando la voz. Se giró un momento hacia la fila de chicas que tenía detrás e intentó sonreír. Luego volvió a enfocarse en la aporreadora de consignas—. Mi maleta también está ahí dentro, ¿sabes? Y llevo cosas importantes.

—¿Sí? Pues yo no —le respondió—. Pero quiero bajarme ya de esta mierda de nave. Ábrela, va.

—No sé quién eres, pero a mí no me mandes —le espetó Sil, antes de poner la palma de su mano sobre la cubierta—. Apártate.

—No te molesta tanto cuando mandas tú, ¿eh?

La chica la miraba con las cejas alzadas y la mandíbula apretada. Sil ignoró el comentario y se movió hasta su lado, marcando los pasos con fuerza, para que la chica también se moviera. No lo hizo.

—¿Me dejas? —Lo dijo sin intención de preguntar, más bien obligándola a apartarse mediante la fuerza de su mirada.

—Me voy a alejar porque me das mucho miedo con tus amenazas. —La mandíbula de la chica se destensó y el inicio de

una sonrisa asomó por debajo de sus mejillas marrones—. Demasiado. No querría ponerme a temblar ante semejante portento de guerrera.

Dicho esto, dio un paso al lado, aunque ahora Sil deseaba que no lo hubiera hecho. El sarcasmo que vertía cada una de sus palabras le daba ganas de aporrearla tanto como ella lo había hecho con la consigna.

Se controló. Respiró hondo, tal y como se lo había enseñado su maestra. Luego, lentamente, saboreando cada segundo del avance de su dedo por la superficie plateada, mientras observaba de reojo a la chica arrogante, movió la mano hacia el lateral, donde estaba el cerrojo. Ya se relamía de satisfacción, adelantándose al placer que le produciría ver cómo se borraba su sonrisa en cuanto lo hiciera. Llegó hasta el botón y lo pulsó suavemente. Este se activó al notar el contacto de la huella de su pulgar y la cubierta se alzó de golpe, dejando a la vista de todo el mundo, y sobre todo a la suya, lo fácil que era sacar las maletas que ella había estado intentando coger a la fuerza.

El gesto de rabia y vergüenza en su cara que Sil esperaba con ansia no llegó nunca. La chica mantuvo el rostro austero mientras extendía los brazos y bajaba su mochila de la consigna, manchada de barro y deshilachada por los costados, sin siquiera mirarla.

—Muchas gracias —dijo, sin un ápice de gratitud.

Se dio la vuelta y se colgó la mochila en la espalda por una sola asa, haciendo que su parte pesada se moviera como un péndulo y que, por muy poco, no golpeará a Sil en la cara.

Ella se mordió la lengua y bajó su maleta, intentando evitar mirar hacia atrás para no encontrarse siendo juzgada por todas las demás aprendices. Avanzó con la cabeza gacha hacia las compuertas de salida, hasta que vio que, unos metros más adelante, la chica de la mochila caminaba con la cabeza bien alta. Andaba sin prisas, con pasos espaciados y tranquilos, llenos de una especie de cansancio y seguridad que le terminó de alterar los nervios.

Esa desganada, que claramente no tenía ninguna motivación para pertenecer a las X, estaba a punto de salir de la nave y entrar en el edificio de la Edukan con la frente bien alta. Y, mientras, Sil lo haría con la frente pegada al suelo. No. Ese había sido su sueño desde siempre, no iba a dejar que una impertinencia como esa le impidiera entrar en él con la energía que había estado acumulando durante toda la vida.

Estiró el cuello hasta que su cabeza estuvo tan alzada que pareció pender de un hilo. Cerró los ojos y proyectó en su mente todos los recuerdos de su preparación para ese momento. Todas las ilusiones que albergaban las infinitas posibilidades que le iba a procurar la Edukan. Todos los motivos que la habían arrastrado hasta allí. Abrió los ojos. Caminó hacia la salida. Sonrió de manera sincera, asintió con la cabeza y saltó. Para bajar de la nave. Para subir a su nueva vida.

Capítulo 3

Varen



No entendía por qué las otras chicas estaban gritando o abriendo la boca en silencio mientras lo miraban. Sí, el edificio de la Edukan era imponente: alto, amplio, brillante. Pero no dejaba de ser un rectángulo negro con la fachada cubierta de placas púrpuras igual de relucientes que las que cubrían la nave.

Mientras observaba a su alrededor, más focalizada en las reacciones absurdas del resto que en el monumento en el que la querían meter durante los siguientes tres años, una figura inusualmente alta apareció a su lado. Era una silueta robusta, dibujada a contraluz, escondida bajo la sombra que la nave proyectaba frente al Sol Mayor. Uno de los rayos que escapaba por encima del vehículo iluminaba su espalda y su cabeza rapada, llena de puntas rojas. La silueta de la voz profunda y la mirada clara.

—Por dentro no es tan púrpura como parece —dijo, aclarando sus dudas—, pero sí más oscura.

Varen alzó la cabeza y vio que sus ojos estaban apuntando a la fachada de la Edukan, aunque estaba segura de que sus palabras habían sido dirigidas hacia ella.

—Ojalá lo sea. De momento solo veo pieles demasiado blancas y vestidos demasiado limpios.

Su azul oscuro la apuntó por debajo de una ceja rojiza, más alzada de la cuenta. Varen esperó recibir una contestación ofendida o agresiva.

—Ojalá yo tampoco tuviera esta cara tan pálida, desde luego —dijo riendo—. Así, por lo menos, el Sol Mayor no se empeñaría en hacer que mi piel vaya a conjunto con mi pelo.

A Varen se le escapó media sonrisa, pero al segundo la volvió a esconder. No quería que la viera sonreír.

—En cuanto a los vestidos... —siguió, mirando a su alrededor. Luego negó con la cabeza—. Coincido. Qué desperdicio de tela. La moda de las calles altas es horrenda.

Estaba muy de acuerdo, pero no dijo nada más. No quería alargar el tema ni empatizar. Debía evitar que la gente de ese sitio pudiera llegar a caerle bien. No necesitaba establecer una relación ni un poco más que cordial con nadie que estuviera en la Edukan.

—¡Tomak! —gritó alguien a su lado, con un tono muy agudo.

—¡Ndai! —De repente su voz había dejado de sonar grave—. ¿Qué haces aquí?

Una sonrisa blanda y cariñosa le llenó el rostro. La chica que había gritado su nombre era tan bajita que no le llegaba ni al pecho, y de piel más oscura que la de Varen. Iba vestida con

un peto de colores vivos, y corría hacia Tomak con otra sonrisa que le ocupaba casi toda la cara. Cuando la tuvo cerca, Tomak la alzó y dio dos vueltas con ella en brazos.

—¡Lo he conseguido, Tomak! —exclamó la chica bajita—. ¡Al final conseguí superar todas las pruebas! ¡Me eligieron a mí!

Tomak bajó su cuerpo suavemente y la dejó caer de pie en el suelo.

—¡Claro que sí! ¿Cómo no iban a admitir a mi vecina favorita?

—¿Pruebas? —intervino Varen—. Yo no he hecho ninguna prueba.

—¿No se presentó nadie en tu barrio?

—Claro que no. —Esa pregunta la ofendió. Ya empezaba a tener motivos por los que no le cayera bien Tomak—. En mi barrio odiamos esta academia de mierda.

—En el nuestro también. Aunque no diría que sea odio, exactamente. Al final, esto es lo que nos brinda la única salida.

—¿Por qué querríais salir de vuestro...? —comenzó a preguntar.

—¡Y yo he conseguido salir, por fin, Tomak! —gritó Ndai, sonriendo con la boca más abierta todavía, si era posible. Le dio dos puñetazos suaves a Tomak en el vientre, que parecía esculpido en piedra bajo la camiseta verde, y luego un abrazo, apoyando la cabeza sobre sus costillas. Al cabo de unos segundos,

se separó y le agarró las muñecas, intentando zarandear sus brazos—. ¿No es fuerte? ¡Aún ni me lo creo!

—¡Pues créetelo ya! Solo te hace falta mirar a tu alrededor —dijo Tomak, señalando la Edukan con un movimiento de barbilla—. ¿Está guapo o no este sitio?

—Muchísimo —respondió ella, con los ojos llenos de brillo—. Es increíble.

Lo que no era creíble eran sus ganas de estar allí, en lugar de haberse quedado en su barrio. En su casa de verdad. Se alejó de Tomak y Ndai maldiciendo sus palabras en silencio, intentando evitar pensar en el torbellino de emociones que le habían provocado dentro de la mente y el vientre. No podía ser que todo el mundo se hubiera presentado a unas pruebas para estar allí. Todas las aprendices menos ella.

A Varen le habían dicho que había sido elegida por ser la más fuerte, física y mentalmente, de todo su barrio. Según el comunicado de las Z, ella era la chica más capacitada para formar parte del grupo de las X. La joven que, por lo tanto, debía ser enviada como representante de su zona, para servir a La Central en su nombre. Pero no lo era ni quería serlo. Todo lo contrario. Y, a pesar de ello, la habían obligado a entrar en esa mierda de academia que bien podría llamarse cárcel, donde la retendrían hasta que completara su formación.

Tenía que huir de ahí como fuera. Mucho más pronto de lo que había planeado.

Capítulo 4

Sil



Al salir de la nave, se encontró con una multitud de chicas escampadas por el suelo de cristal, que formaba una esfera semicircular a sus pies, constituida por rombos lilas y granates, todos ellos semitransparentes. Algunas estaban hablando entre ellas, otras abrazándose, pero la mayoría tenían la vista fijada en el gran edificio rectangular.

Aunque había visto su fachada muchas veces en dibujos y hologramas, la impresión que le producía ahora, en persona, le parecía inigualable. Su color purpúreo, con la gran X en el centro, brillaba incluso más de lo que tantas veces había imaginado. No podía creer que estuviera allí. No asimilaba que, por fin, estaba en la entrada de la Edukan.

Tampoco se dio cuenta de que se había quedado mirándola embobada, con la boca ligeramente abierta, hasta que un grito la sacó de su ensoñación.

—¡Bienvenidas!

Una figura alta y esbelta había salido por la gran puerta del edificio, que ahora cerraba sus cristales de manera automática tras ella. Era su primera instructora, una exploradora

profesional, todo lo que Sil aspiraba a llegar a ser. Una X de verdad, de carne y hueso, que se estaba dirigiendo hacia ella y hacia todas las aspirantes a convertirse en una de las suyas.

—¡Dejad de charlar y murmurar, pajarracas! —volvió a gritar, cada vez más cerca—. ¡Estáis ni más ni menos que ante la Edukan, así que respetad el silencio!

Esta vez, las demás también le hicieron caso.

—Ya desataréis vuestras emociones irrefrenables cuando lleguéis a las habitaciones —dijo en un tono más bajo, deteniéndose ante ellas.

Las aspirantes que aún estaban dispersas por la entrada, junto con las que acababan de bajar de la nave, se agruparon formando un semicírculo alrededor de la instructora, bastante deforme en comparación con el del cristal que pisaban.

Mientras esperaba a que todas estuvieran bien colocadas, la instructora se puso a revisar, tranquilamente, un conjunto de imágenes en movimiento que brillaban en la pantalla que tenía entre las manos. Las iba moviendo con el dedo hacia arriba y hacia abajo, pasando de un holograma a otro al ritmo de los destellos de luz azulada.

Iba vestida con el traje propio de las X instructoras, mucho más amplio que el ceñido que utilizaban durante las misiones. Se trataba de un conjunto de dos piezas de cuero negro, formado por unos pantalones acampanados por la parte

de abajo y una chaqueta arriba, en una de cuyas solapas había una placa de metal morado en forma de X.

En cuanto terminó de absorberlo por los ojos, en las entrañas de Sil nació una nueva necesidad: tenía que conseguir llevar esa maravilla de traje algún día, aunque ello le costara la vida.

Cuando la gente dejó de moverse, reinó un silencio sepulcral en la entrada, cortado por el repiqueteo de sus dedos. La X las miró por encima del último holograma. Luego apagó la pantalla con un movimiento rápido para hacerlo desaparecer. Carraspeó, preparándose para darles la primera instrucción de bienvenida.

—¿Ya estáis todas?

—¡También con la «-e»! —exclamó una voz desde su lado izquierdo. Sil miró en su dirección y vio a una chique de pelo rojo puntiagudo que tenía el brazo alzado.

—¿Ya estáis todes? —rectificó la X, mirándole de reojo.

—¡Sí, gracias! —respondió elle, levantando el pulgar antes de bajar el brazo.

Se oyeron algunas risas procedentes del lado derecho. La X las ignoró y empezó con la explicación.

—Os estaba dando la bienvenida, para las y les que no me habéis oído. Este es vuestro primer día en la Edukan, un día que debería estar lleno de satisfacción, honor y sentido del deber para vosotros y bla, bla, bla... No me extenderé

porque todo esto ya lo deberíais de saber. Eso sí, estáis aquí para servir a La Central, no para divertirnos. Aunque también habrá momentos de diversión, no digo que no. —Hizo una pausa para coger aire, mientras con una mano removía su pelo corto, tan negro como sus ojos—. A ver... Yo también tuve veinte años, ¿vale? Cuando entré aquí había mucha energía, en mí y a mi alrededor, que no siempre era fácil de controlar... Y mucho menos con las hormonas disparadas. En fin, solo os pido que recordéis dónde estáis y por qué.Cuál es vuestra y nuestra prioridad. ¿Entendido?

Un coro de voces, aunque no de todas las que podrían haber sido, respondieron con un «sí» rotundo, al unísono. La de Sil sonó incluso más fuerte, destacando por encima de las otras. La X la miró y asintió con la cabeza. Ella se puso nerviosa de inmediato y no pudo hacer nada más que mostrarle una sonrisa de vuelta.

—De acuerdo —siguió la instructora—. Parece que ha llegado el momento. Os voy a guiar a través de la Edukan hasta que llegemos a vuestras habitaciones. Una vez allí, podréis encontrar toda la información que necesitaréis para los próximos días: planos del edificio por si os perdéis por los pasillos, horarios de entrenamientos y comidas, etcétera. Si tenéis alguna duda, me preguntáis por el camino. Pero, por favor, no os excedáis con las dudas. Mejor pensar antes de decir chorradas, que el silencio y el tiem-

po son los bienes más preciados que poseemos. Ala, pues. Empecemos.

La X se giró y empezó a caminar hacia la puerta. Sil se quedó quieta durante unos segundos, hasta que el resto del grupo, siguiendo los pasos de la instructora, la empujó a andar en su misma dirección. Mientras era arrastrada, intentó respirar hondo. No sabía qué sentía, exactamente, si nervios de miedo o de ilusión. De los dos a la vez, una bomba formada por los dos tipos de pólvora. Exhaló, soltándolo todo antes de que la peligrosa mezcla llegara a explotar en el interior de su cabeza.

Tan solo al ver la Edukan por fuera, Sil ya se había convencido a sí misma de que ese edificio no podía ser más espectacular. Pero, aun así, estaba segura de que lo que se encontraría dentro superaría con creces todas sus expectativas. Estaba deseando ver cómo era cada pared, el techo, el suelo... Sobre todo el suelo.

Una fuente inabarcable de ganas le recorrió el torso, desde la cintura a la clavícula, como si hubiera sido inflada por una corriente de aire gélido. Estaba a unos segundos de caminar por el gran pasillo marítimo.

Capítulo 5

Varen



Cuando se adentraron en el edificio, Varen esperaba ver las paredes pintadas con los mismos tonos púrpuras y negros que caracterizaban los emblemas de las X. Esperaba ver la Edukan tal y como siempre la había imaginado: un entorno obtuso y perfectamente diseñado, con la tecnología despuntando en todos los rincones y lleno de aparatos de los que usaban en las calles altas, los que acomodaban su vida diaria. Esa vida de burbuja, apartada de los obstáculos que a ella y a las vecinas de su barrio les suponía miles de esfuerzos extra para sobrellevarla.

Las paredes que se erigían a sus lados una vez pasada la entrada, sin embargo, estaban hechas de un mármol rojizo y cristalino, degradado hacia una tonalidad cada vez más oscura, que se fundía con los bordes negros que rodeaban el suelo. En el centro de este, bajo sus pies, había una superficie completamente transparente, de una especie de vidrio translúcido, a través del cual se podía vislumbrar la corriente de un río estanco que se movía por debajo.

La mayoría de las chicas que recorrían el pasillo junto a ella, al verlo, dejaron escapar suspiros y murmullos de sorpresa, con los ojos concentrados en esa agua que parecía que se transportaba

junto a sus pasos, moviéndose al ritmo de su caminar. A Varen, en lugar de emocionarla, le produjo el efecto contrario. Contemplar esa ostentación de un recurso que tanto escaseaba en su barrio no hizo más que colaborar en que su rabia creciera. Esa agua malgastada que a otras impresionaba a ella le parecía que se movía como la lava que estaba a punto de subir por su laringe, cargada de sangre ardiente. Tenía las venas a punto de estallar, solapadas por un grito reprimido que, al final, decidió no soltar.

Siguió caminando. Mientras lo hacía, se mordió el labio con tanta fuerza que este se volvió claro. El edificio causaba en ella una nueva y extraña intuición demasiado convincente. Tenía la sensación de que toda la superficie de su techo estaba a punto de caerle encima y destrozar sus huesos hasta que estos quedaran sepultados bajo miles de fragmentos de cristal.

Varen salió de su pensamiento oscuro cuando se le desvió la mirada, llamada por un olor dulce que sus sentidos reconocieron. La chica que la había mirado por encima del hombro cuando iba a salir de la nave fétida, solo por no saber abrir una mierda de compuerta, estaba pasando por su lado. Caminaba con el rostro alto y la espalda recta, empujando su maleta por el camino de vidrio, mientras soltaba comentarios aduladores sobre lo increíble que era la Edukan y respondía a todas las preguntas que pronunciaba la instructora.

No quería volver a pensar en ella. Solo le faltaba su altivez para colmar la sensación de aborrecimiento que llevaba sintiendo

durante todo el trayecto. Aun así, no pudo evitar decirse a sí misma, para su propio regodeo, que, si esa chica llevara una mochila tan pesada como la suya, cargada de cosas mucho más importantes que las que ella le había dicho que contenía su querida maleta, no avanzaría con tanta rectitud. Que, si estuviera en su lugar, estaría andando con los malditos hombros, blancos y suaves, hundidos hasta la altura de sus muslos.

—El diseño arquitectónico es tan... —soltó con su voz fina y estridente, como si empezara a cantar una canción—. Tan maravilloso.

—En efecto —confirmó la instructora—. Las arquitectas estaban tan involucradas en el proyecto como las diseñadoras. La estética no es un pilar esencial en la construcción de un edificio como este, pero es imprescindible para que sea habitable en las mejores condiciones posibles.

—¡Claro! Se nota muchísimo el impacto de la estética. Es tan necesaria... Hace que la Edukan sea aún más acogedora, más habitable.

Lo que sí que era impactante era que no parase de repetir lo que decía la X. Y de una forma cada vez más repelente, si era posible. Varen no pudo reprimirse ni un segundo más.

—Eco.

Todo el mundo se giró hacia ella. Parecía que su palabra hubiera provocado justo el efecto del que se estaba quejando.

—¿Qué? —dijo la aprendiz insufrible.

—¿Cómo has dicho? —repitió, esta vez, la instructora.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Varen mientras giraba la cabeza hacia los lados, disimulando para que no vieran cómo se le escapaba la risa—. Qué falta de respeto... Por favor.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —le gritó la chica, alzando la voz más de lo que debería.

Ella misma se dio cuenta al instante. Miró a la X y se aclaró la garganta, como si así pudiera disimular la agudeza del chillido que le acababa de salir. Después miró hacia Varen entornando los ojos, que reflejaban la luz del pasillo marítimo.

—¿Yo? —exclamó Varen, haciéndose la sorprendida.

—Sí. Has sido tú, que te he visto. Oído.

—¿Un momento en la consigna y ya te acuerdas de mi voz?

—Es una voz bastante estridente —le espetó la chica al cabo de unos segundos, sin apartar los ojos de los suyos.

Varen le devolvió la mirada. La de la chica era clara y fría. La suya, oscura. Llena de llamas y furia.

—¿Crees que eres invisible o qué? —le preguntó ante su silencio—. Se te oye y se te ve. Demasiado.

—No, no lo creo —respondió Varen, e hizo una pausa antes de empezar a esbozar una sonrisa—. Sé que llamo la atención, pero no me esfuerzo en hacerlo, a diferencia de ti, señora Eco. De hecho, ese nombre me gusta bastante. Te voy a llamar así.

Capítulo 6

Sil



Por suerte, la voz de la instructora cortó las siguientes palabras de Sil antes de que salieran disparadas como flechas de su boca.

—Basta ya de puyitas, chicas. Dejadme seguir, que solo me quedan tres minutos para terminar la instrucción. Luego os pegáis en el gimnasio, si os apetece.

Sil asintió con la cabeza, enmudecida por la vergüenza. Miró a la otra chica, que seguía sonriendo. Estaba segura de que su respuesta, la que no había llegado a lanzar, habría sellado los labios de esa engreída de una vez por todas. Aun así, no se arrepentía de haber callado, porque ahora lo más importante para ella era dar una buena imagen. Sobre todo, en los primeros minutos que pasaba en la Edukan, ante una instructora, una X auténtica a la que debía causar una impresión perfecta si quería que, algún día no muy lejano, la considerara tan válida como lo era ella.

—Esta es vuestra planta. —La instructora siguió con su explicación mientras andaba hacia el final del pasillo marítimo—. En la de arriba habitan las aprendices de segundo, y

en la tercera planta, las de tercero. Por orden de antigüedad, vamos, nada nuevo. Y... —La X se paró en el fondo del pasillo y se dio la vuelta, enfocando todo su cuerpo hacia ellas. Alzó el brazo izquierdo para señalar el pasillo que continuaba más allá de la esquina—. Aquí están vuestras habitaciones. Son de dos personas. Podréis ver dónde se os ha asignado en la placa metálica que hay al lado de cada una de las puertas. Debajo de esta hay un sensor. Cuando lo activéis con vuestras huellas, y por favor aseguraos de que están limpias de esmalte, restos de comida o grasa, porque mancharlas no sería la mejor bienvenida para quien vaya a compartir la sala con vosotros, se activarán las luces. Solo entonces podréis acceder a las estancias. También se activará el armario que contiene los uniformes que deberéis poneros en cada ocasión. Hay uno diseñado para los entrenamientos y otro para las noches de gala. No se deberían confundir, pero, para las menos avanzadas, el ajustado y elástico es para entrenar, ¿vale? Y el de la camisa o vestido brillante, eso ya se deja a vuestra elección, es para cenar. Ah, también tenéis un chándal y un pijama, por supuesto. Pero estos creo que los vais a reconocer sin problema.

—¿No podemos ir en chándal a las galas estas?

Lo había dicho ella, quién si no. La chica de la nave, la pesada de la maleta. Mochila, mejor dicho. La del pelo bronceado y la piel casi tan oscura como su mirada.

—Bueno, para algunas quizá sí que sigue resultando confuso —dijo la X, con una risa severa—. No, aprendiz. La vestimenta, en la Edukan, no es una opción. Pero creo que eso será incluso mejor para ti, viendo los trapos con los que has venido.

—¿Tienes algún problema con mi ropa? —dijo la chica, con la boca torcida y las cejas arqueadas hasta la nariz, que ahora se movía agitada por su respiración.

—Sí. Tantos que me daría demasiado trabajo empezar a enumerar —respondió la instructora mientras la miraba, paseando la lengua por cada una de sus muelas—. ¿Sabes qué? Me gusta que me hagas esta pregunta ahora, porque otra cosa que debéis apuntalar en vuestras cabezas es que lo único que os va a faltar aquí es tiempo. Y si queréis ejercer como X, será mejor que no lo empecéis a perder en la introducción con discusiones estúpidas. Podéis ir a vuestra habitación. Ya.

La instructora empezó a caminar hacia ellas. Mientras lo hacía, siguió mirando fijamente a la chica de las réplicas. Ella le devolvió la mirada hasta que la X hubo desaparecido del pasillo. Luego tiró de los bordes de su sudadera negra, de la que parecía estar tan orgullosa, y se encaminó con paso firme y veloz en dirección a las habitaciones.

Sil la siguió, caminando al paso más rápido que llegaban a alcanzar sus piernas. No porque quisiera hablar con ella, ni estar a menos de dos metros de distancia de su andar, cargado

de prepotencia; lo que estaba deseando era empezar a correr y dejarla atrás. Para llegar a ver, cuanto antes, cómo era la habitación que le habían asignado y en la que permanecería durante todo ese año. Lo deseaba con las mismas ganas que tenía de conocer a su compañera, la que sería suficientemente decente, esperaba, para poder confiar tanto en ella como para dormir tranquila a su lado. Un buen descanso era indispensable para conseguir el rendimiento óptimo en los entrenamientos.

Mientras andaba a toda velocidad, iba leyendo en diagonal los nombres que aparecían en las pantallas de las habitaciones, en un lateral de sus puertas de entrada. Por fin vio el suyo y se detuvo. Ni siquiera se fijó en el nombre que había escrito debajo, respiró hondo y pulsó la superficie táctil con la huella de su pulgar.

Cuando entró en la habitación, Sil se dio cuenta de que no era tan espectacular como la había imaginado. Enseguida se convenció de que no importaba, que no todo lo que había en el edificio podía ser tan maravilloso como el pasillo marítimo. Además, la decoración seguía siendo espléndida, el único problema era el espacio. Le habían asignado una de las estancias pequeñas. No es que ella midiera dos metros, pero...

—¡Buenos días!

En cuanto vio a su compañera, intuyó que, para ella, el espacio no iba a ser un problema. Era una chica muy bajita y

muy delgada, con una cara que parecía ser todo sonrisa, y un pelo afro que le hacía ganar algunos centímetros.

—Hola, yo soy Sil. —Le tendió la mano.

La chica se quedó mirando su mano durante unos segundos, inquieta, como si no supiera qué hacer con ella. Luego acercó sus dedos lentamente, hasta coger los suyos por la punta. Los zarandeó de arriba abajo.

—Yo soy Ndai. —Sonrió, mostrándole casi todos los dientes—. ¡Encantada!

—Igualmente. —Sil también le sonrió, pero no durante mucho tiempo. Sus ojos se acababan de fijar en un rincón del cuarto. Uno muy concreto. Se le había planteado un nuevo reto—. Oye, Ndai... ¿Te importa si me quedo con la cama de la derecha?

Le importara o no, Sil iba a conseguir esa cama. Si se lo preguntó fue solo por cortesía. Y para no tener que contarle lo de su superstición y la necesidad que tenía de empezar en un sitio con el pie derecho y desde el lado derecho y... todo eso.

—¡Claro que no! Como si fuera tu casa.

Sil no tuvo tiempo de quedarse a reír ante su broma, ni aunque Ndai la estuviera mirando con ojos de pilla y una sonrisa tan tímida como tierna. Ya que le había dado permiso para hacerlo, tenía que asegurarse de que conseguía su primer objetivo. Corrió hacia la cama de la derecha, plantó su maleta delante y se quitó la chaqueta para dejarla encima del colchón.

Una vez hubo designado su espacio, se acercó a la pared del fondo de la habitación, de la cual colgaba la pantalla donde se proyectaban todas las indicaciones y horarios de los cuales les había hablado antes la X. Pulsó la superficie con el dedo índice varias veces, hasta que llegó hasta la hoja de tareas. En ella estaban escritas las letras rojas que describían su instrucción más próxima, la primera de su formación. Ponía que todas las aprendices debían estar en el gimnasio en poco menos de media hora. ¿Media hora?

Abrió el armario que había al lado de la pantalla rápidamente y sacó la ropa que les habían dejado preparada para el entrenamiento. Se trataba de una camiseta negra de tela sintética, unos pantalones también elásticos y negros, pero estos con franjas moradas a los lados, y un sujetador granate que conjuntaba con el borde de las bragas. Envolvió todas las prendas en forma de fardo y las alzó de golpe para que quedaran sostenidas contra su pecho.

—Voy a ducharme.

Ndai la miró como si acabara de negar la existencia del Sol Mayor.

—¿Antes del entrenamiento?

—Sí —se reafirmó Sil—. Así relajo los músculos.

—Ah, ya sé. Es como... tu ritual, ¿verdad?

Ndai la miró con los labios apretados y un ojo entrecerrado que parecía estar escondiendo algo. Sil empezó a reír y se encogió de hombros.

—No, no es eso. Digamos que me ayuda a mentalizarme.

—¿Mentalizarte?

—A prepararme. Para los combates.

Cuando Sil pronunció la última palabra, la sonrisa en el rostro de Ndai se fundió, junto a su mirada.

—¿Estás bien?

—¡Claro!

Aunque la conocía desde hacía menos de cinco minutos, Sil pudo adivinar que la sonrisa que acompañó a la exclamación de la chica era fingida. Sin embargo, la veía tan incómoda que no quería preguntarle demasiado. Además, si no se daba prisa llegaría tarde a la primera clase, y eso no iba a suceder de ninguna manera. Asintió, se dio la vuelta y dirigió sus pasos hasta la puerta.

—¡Sil, espera! —gritó Ndai a su espalda.

Sil se giró, intrigada. Un segundo después de hacerlo, se vio completamente rodeada por el cuerpo de su compañera. Los brazos de Ndai estaban atados detrás de su espalda, delimitando el gran abrazo que le acababa de dar, y su cabeza, llena de rizos negros, reposaba encima de su pecho.

—¿Ndai?

—Dime. —Levantó la cabeza. Sil vio unos ojos grandes y redondos, dos almendras pegadas a su camiseta que la miraban desde abajo, asomando entre los mechones de su pelo.

No pudo hacer otra cosa que reír. Luego puso las dos manos en su espalda y dio dos palmadas suaves sobre ella.

—¿Qué haces?

—Abrazarte. Eres mi nueva compañera. —Un pensamiento rápido pareció cruzar su mente y Ndai se apartó de ella, con los ojos más abiertos, ahora llenos de sorpresa—. ¿Qué pasa? ¿Eres de esas? En el barrio también tenía vecinas a las que no les gustaba que las abrazaran. ¡Perdona!

—¡No, no! —Sil empezó a mover las manos en señal de negación—. No hace falta que me pidas perdón. Puede que sea una chica así... como esas que dices. Sí, probablemente. No es que esté demasiado familiarizada con los abrazos ni... este tipo de afectos, pero agradezco tu gesto, eh. De verdad.

—Lo sé. —Ndai volvió a sonreír—. No sé por qué, pero presiento que seremos las mejores compañeras de habitación de toda la Edukan. Sí, ya verás. Estoy segurísima.

Sil no dijo nada más. Se limitó a devolverle la sonrisa y a encogerse de hombros. Porque ella no estaba tan segura de lo que acababa de decir Ndai. No tanto como ella, al menos. Pero esa chica le había caído bien, y le transmitía algo de... No sabía exactamente de qué. Quizá de confianza. Sí, de confianza y de comodidad. Con Ndai había sentido ambas sensaciones de una manera inusualmente rápida, sobre todo tratándose de ella.

Ese pensamiento hizo que sonriera durante todo el camino hasta llegar a las duchas, aunque como se indicaba en el

mapa de la pantalla, estas estaban situadas bastante cerca de su habitación. En eso había tenido suerte. Tener la habitación cerca de los baños y las duchas era mucho más importante de lo que podía parecer. En eso y en la compañera que le había tocado.

Había llegado a la Edukan con la idea de que lo primero que encontraría sería competencia. Una rivalidad deportiva, pero muy intensa, con los demás aprendices. Y, en cambio, lo que había encontrado en Ndai era todo lo contrario. Podía ser una buena compañera, sin duda. Una amiga, incluso. Quizá.

Pero ahora la prioridad de Sil era otra muy distinta a la de entablar amistades. Lo principal era ganar su primer combate.

Capítulo 7

Varen



Las paredes, igual que el techo de la habitación y que la mayor parte de ese maldito edificio, estaban teñidas de un púrpura claro y resplandeciente. Vistas desde fuera, a Varen le habían parecido de todo menos acogedoras, de un tono demasiado estridente. Sin embargo, mientras se adentraba en la habitación, vio cómo su color se iba desvaneciendo, iluminándose solo a su paso, cuando era necesario, esclareciendo las zonas de la estancia por las que pasaba. No eran paredes de ningún material que conociera, pero intuyó que las placas de las que estaban formadas poseían sensores sensibles al movimiento. Aparte de la luz que procedía de ellas no había ningún otro sistema de iluminación. Que la sala no quedara sumida en la más profunda oscuridad dependía de las diversas capas de color que se iban encendiendo sobre ellas a medida que se movía.

Había dos camas colocadas una a cada lado, casi tocando las paredes. Eran ovaladas, de una forma que a Varen le recordó a la bañera compartida de su casa. Aunque, a diferencia de la carcasa metálica en la que se lavaba cada día en el barrio, las camas eran el doble de largas y el triple de amplias, y sus bordes

redondeados eran tan finos y brillantes que invitaban tanto a acariciarlos como el colchón rosado que había en su interior.

—¡No!

Varen dio un bote. A su lado estaba la misma figura alta y pelirroja de la que ya empezaba a pensar que la perseguía.

—¿Me ha tocado con la primera persona con la que he hablado hoy? Eso sí que es una unión a primera vista.

Tomak hizo descender la enorme bolsa que llevaba colgada sobre uno de sus tirantes y luego la lanzó por los aires. Cuando cayó sobre la cama más cercana a la puerta, se oyó un estrépito de objetos metálicos chocando entre ellos.

—No te preocupes, no son armas —dijo guiñándole un ojo—. Podrían serlo... Ojalá. Pero no.

—Me alegro de saberlo —contestó Varen, con el ceño fruncido—. Supongo.

—Y creo que también sabes mi nombre. La voz de Ndai no pasa desapercibida, que digamos. —Tomak rio para sí—. ¿Cuál es el tuyo?

—Varen.

Tomak extendió el brazo rápidamente, con la mano cerrada en un puño, hacia el lado izquierdo del torso de Varen. Ella se apartó de manera instintiva, temiendo su golpe. Sin embargo, la mano de Tomak quedó suspendida en el aire, como esperando a que la respuesta de su contacto le permitiera volver a bajarla. Varen dudó unos segundos, observán-

dola desde la distancia. Luego se acercó y cerró su mano en un puño de la misma manera, pero la dejó a unos centímetros de distancia de la suya, por si acaso.

—Dale, va. ¿Es que no tienes modales? —le espetó Tomak—. ¿O es que no te he causado una buena impresión?

—Bueno... Tampoco me has causado una mala. Pero ¿qué se supone que tengo que hacer?

—¿Tú de dónde has salido? —exclamó entre risas—. ¡Chócame el puño, no es tan difícil!

Tomak movió el suyo en el aire y Varen hizo lo que decía, golpeándolo desde arriba. Su mano cedió unos centímetros.

—¡Por la Gran Madre! —Tomak negó con la cabeza, avanzó un paso y puso la otra mano encima de su hombro—. No tienes que golpearlo, solo hacer contacto con mis dedos. De frente. ¿Crees que podrás hacerlo?

Varen volvió a intentarlo. Esta vez lo debió de hacer bien, porque Tomak asintió sonriendo y por fin bajó su musculado brazo, hasta dejarlo pendiendo a la altura de su muslo.

—En fin, supongo que este año tú vas a ser mi... ¿compañera, compañere...?

—Compañera.

—Mi compañera de habitación. Genial. Pues ya puedes ir poniendo tus trastos ahí. —Señaló la cama más alejada de la entrada—. A mí me gusta estar siempre cerca de la puerta, por si tengo que salir por patas, ya sabes.

—Sí. Lo entiendo.

Si alguien en la Edukan estaba preparándose para una huida inminente, esa era ella.

—Entonces no te importa, ¿no?

—Ni lo más mínimo —murmuró Varen.

—Genial. Creo que nos vamos a llevar bien.

Tomak caminó hacia el fondo de la habitación mientras se frotaba las manos y hacía un ruido extraño con la lengua.

—Vale, cosas básicas —dijo levantando el dedo índice—. Tu ropa sucia la pones aquí, ¿de acuerdo?

Señaló con el dedo una de las paredes de la habitación. Varen se fijó en ella y vio que había un recuadro delimitado por cuatro finas franjas de negro, dibujado en el centro de una placa púrpura. En un lado de esta sobresalía un pomo rectangular que incitaba a tirar de él. Tomak caminó hacia allí, entrometiéndose en la dirección de su mirada. Lo agarró con la mano y lo arrastró hacia su cuerpo. Un cajón más grande de lo que parecía desde fuera se abrió, deslizándose hacia el exterior como si estuviera suspendido sobre dos raíles invisibles.

—Todo lo que metemos aquí va directo a la lavandería —le mostró Tomak.

Varen se empezó a quitar la sudadera. Primero las mangas y luego el resto, alzándola hasta su frente, donde se encailló durante unos instantes. Maldijo su cabeza con un murmullo

indescifrable. Los cordones del cuello de esa sudadera siempre se le enredaban entre los mechones del pelo.

Tomak, sin haberla mirado aún, empujó el cajón otra vez hacia la pared. Este se cerró con un ruido sordo al impactar contra el resto de las placas púrpuras. Al oírlo, Varen apartó un poco el tejido de su rostro y abrió mucho los ojos, pero no tanto como los de Tomak, que la observaba con dos perlas azules del tamaño de platos bajo sus gruesas cejas y la boca abierta.

—¿Qué estás haciendo?

—Desnudarme. Para mandar mi ropa a lavar —respondió Varen, con toda la sudadera enrollada en el cuello—. No voy a desaprovechar una ocasión como esta. ¿Que me lave la ropa La Central? ¿En lugar de dejarme las manos yo misma con las pastillas de jabón petrificadas que nos mandan cada trescientos días? De una.

—Bueno, si lo miras así... —Tomak empezó a reír—. Aunque la ropa que tenemos que ponernos para los combates no es mucho mejor.

—¿Qué combates?

Varen dejó caer otra vez la prenda negra sobre su cuerpo, embarullando aún más sus cabellos al hacer pasar la capucha sobre su cabeza.

—¿A ver tus tatuajes? —dijo Tomak, mientras se acercaba a ella con la cara ladeada para observar mejor sus brazos.

—No. —Varen se estiró las mangas para taparlos.

—¿Por?

—A ver los tuyos.

—¿Todos? —Tomak alzó una ceja y la mitad de su sonrisa—. Hay algunos que están bastante escondidos... En partes que...

—Con este me conformo —se apresuró a decir Varen, señalando su hombro.

Sobre su piel se intuía el inicio de un número escrito con tinta negra, que tenía la parte superior tapada por el tirante de su camiseta.

—¿Este? —preguntó, retirando la tela que cubría la totalidad del número.

Era un veintiuno.

—¿Por qué ese número?

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—Como todas las nuevas aprendices. ¡El número del Día Nuevo! —exclamó Tomak, sin esforzarse en evitar que se le escapara la risa—. El que te da acceso a la Edukan. El número especial. El... correcto.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú no tienes veinte?

—¿Me estás preguntando por mi edad, maleducada? —Tomak seguía riendo—. Adivina cuántos tengo, va. De hecho, sería un poco preocupante que no lo hicieras, con todas

las pistas que te he dado. No quiero tener que pedir que me cambien de compañera.

—Pero... no puede ser que tengas veintiuno —sentenció Varen—. Ninguna nueva X, o lo que sea, tiene más de veinte años cuando entra.

—Y yo tampoco los tenía. El año pasado, claro.

—No me jodas. —A Varen se le cayó el mundo encima—. ¿Aquí se puede repetir?

—No es tan dramático, no lo digas con este tono trágico, por favor. —Tomak le dio un golpe en el brazo sin mucha intención, pero con tal fuerza que hizo que Varen se desequilibrara—. ¿Ahora te importan las notas? Pensaba que tú serías la rebelde de la promoción, con todo tu mecagoenesto y lo otro, y odio a las X, y todo este rollo.

—Por eso. Pensaba que, si suspendías, simplemente te largaban. —Varen intentó no sonar desesperada, pero no pudo evitar alzar la voz, porque lo que le acababa de decir Tomak no le gustaba. Nada de nada. Era una auténtica mierda—. Creía que, si la liabas o si la cagabas tanto como para conseguir la mínima puntuación, te echaban. Que entonces podías volver a tu casa y ya está. ¡No que tendríamos que estar aquí repitiendo hasta superar las malditas pruebas una, y otra, y otra vez!

—Ey, ey, ey... Cálmate. —Tomak suspiró y se pasó la mano por su especie de cresta roja—. Entiendo tu rabia, ¿vale? Yo el año pasado tampoco quería venir aquí. Pero ojalá

me hubieran avisado de cómo era esta vida en realidad. No está tan mal.

—Si piensas, por un solo instante, que lo que hacen aquí está bien, es que te han lavado el cerebro por completo.

—Vale, fiero. —Tomak recuperó su media sonrisa—. Por suerte, la primera clase es un entrenamiento. Ahí podrás sacar toda esa energía que llevas encima. Aunque no te recomiendo que me elijas como pareja en los duelos. Piensa que yo, aunque fuera le peor de mi promoción, ya tengo un poco más de experiencia que tú con las espadas.

—¿Qué espadas?

Tomak alzó una ceja y, esta vez, fue Varen quien abrió los ojos como platos. No hizo lo mismo con la boca porque, si lo hubiera hecho, se habría quedado sin voz. Y aún tenía muchas cosas que decir.